

LIBRO TERCERO

El niño en la obscuridad.

I

EL CHES-HILL

La tormenta no era menos intensa en la tierra que en el mar; su desencadenamiento fué también espantoso alrededor del niño. El débil y el inocente son atacados, como el criminal y el fuerte, por el derroche inconsciente de las fuerzas ciegas, que no conocen la clemencia.

El viento apenas agitaba la tierra; el frío tenía no sé qué de inmóvil, no caía granizo, pero sí nieve, y en gruesos copos. El granizo ensordece, hiere, estrella y mata, pero los copos de nieve son peores; el copo cae suavemente y trabaja en silencio; si se le toca se deshace; es puro como el hipócrita es cándido; con sus leves blancuras sobrepuestas, el copo llega á formar la avalancha, como el hombre falaz llega al crimen.

El niño siguió avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando, y esto origina sus peligros; cede y persiste; la nieve como la niebla son traidoras. El niño, extraño luchador en medio de tantos riscos, consiguió ganar la parte baja

de la pendiente y entró en el Chess-Hill. Se hallaba, sin saberlo, en un istmo, teniendo á ambas partes el Océano y no pudiendo esquivar el camino, de noche y entre la bruma y la nieve, sin caer, por la derecha, en el agua profunda del golfo, y por la izquierda en las olas agitadísimas de alta mar. Ignoraba que andaba entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esta época singularmente áspero y abrupto; hoy ya no conserva su antigua configuración. Desde que se tuvo la idea de explotar las piedras de Portland como cemento romano, las rocas sufrieron un retoque que las hizo perder su aspecto primitivo. Se encuentran aún allí la calcárea lianchar, el esquisto y la losilla, saliendo de los bancos de piedra; pero la azada ha roto y nivelado los pitones erizados y escabrosos donde se guarecían los terribles asifragas (1). No existen ya las cumbres riscosas y puntiagudas. En vano se buscará hoy allí el alto monolito llamado Godolfin, palabra gala, cuya significación es *águila blanca*. Se recogen aún en el verano, en terrenos agujereados como las esponjas, el rome-

(1) Especie de águilas.

ro, el poleo, el hinojo de mar, que puesto en infusión es un excelente cordial; y esa hierba llena de nudos que sale de la arena y de la que se fabrica estera; pero ya no se recoge allí ni el ámbar gris, ni el estaño negro, ni la especie triple de pizarra verde, azul y de color de hojas de salvia. También han desaparecido los zorros, los tejones, las nutrias y las martas; en las escarpaduras de Portland, como en la punta de Cornualles, había gamos, pero tampoco los hay ya. Todavía se pesca allí en ciertos sitios, platijas y otros peces; pero los salmones, enfurecidos, se han ausentado. Ya no se ven, como en el reinado de Isabel, aquellos antiguos pájaros desconocidos, grandes como gavilanes, que partían una manzana por el medio y únicamente comían pepinos. Tampoco se ven aquellas cornejas de pico amarillo, que tenían la malicia de arrojar sobre los techos de las cabañas sarmientos encendidos. Ya no se ve al pájaro brujo, emigrado del archipiélago de Escocia, que despedía por el pico un aceite que los insulares quemaban en sus lámparas. La marea ya no arroja en aquel lugar entre sus arenas al otario, que tiene las orejas arrolladas, las muelas puntiagudas y que se arrastra sobre patas sin uñas. En el Portland de hoy, desconocido, no hay ruiseñores, porque carece de bosques, y se han ausentado asimismo los halcones, los cisnes y las ocas de mar.

El Ches-Hill de hoy en nada se parece al Ches-Hill antiguo: tanto lo han cambiado el hombre y los furiosos vientos de las Sorlingas, que roen hasta las piedras.

Hoy día esta lengua de tierra tiene un *railway* que desemboca en un hermoso tablero de casas recientemente construídas, que se llama Chesilton, en el que hay una *Portland-Station*. Los vagones ruedan hoy por donde entonces saltaban las focas.

El istmo de Portland era, hace doscientos años, una espalda de asno de arena con la espina vertebral de rocas.

El peligro para el niño cambió de aspecto: lo que debió temer en el descenso era rodar hasta lo hondo, pero en el istmo debía temer caer en las aberturas; pasado el peligro del precipicio, le quedaba el del hundimiento. Todo son abrojos á la orilla del mar. La roca se resbala y

la greda es movediza, y los puntos de apoyo son celadas. Se anda por allí como se va sobre vidrios; todo puede repentinamente quebrarse bajo vuestras plantas, formando hendiduras que os sorben. El Océano tiene tres fosos como un teatro de buena maquinaria.

Las largas espinas de granito, á las que se pega la doble vertiente de un istmo, son difíciles de abordar. Hállanse en ellas con dificultad lo que en lenguaje teatral se llaman vías practicables. El hombre no debe esperar hospitalidad del Océano, pero menos de las rocas que de las olas; el mar sólo provee á las aves y á los peces. Los istmos, particularmente, están desnudos y erizados; las olas, que los gastan y los minan por las dos partes, los reducen á su más simple expresión. Por dondequiera tienen relieves cortados, crestas, sierras, terribles andrajos de piedras rotas. El que franquea un istmo, halla á cada paso bloques deformes, grandes como casas en figura de tibias, de omoplatos, de fémurs, anatomía terrible de las rocas desolladas. El peón sale como puede de esa confusión de ruinas; caminar á través de la osamenta de un inmenso esqueleto es casi su tarea. Entregad, pues, á un niño á esos trabajos de Hércules.

De día menos mal, pero de noche era necesario un guía, y el pobre chico estaba solo; todo el vigor del hombre se necesitaba, y únicamente podía contar con la debilidad de la niñez. A falta de guía, un sendero le hubiese ayudado, pero tampoco había sendero.

Por instinto evitaba la cadena aguda de las rocas, y seguía por la playa siempre que podía, y en ella encontraba los terrenos pantanosos; éstos presentábanse ante él bajo tres formas: el pantano de agua, el de nieve y el de arena; éste es el más terrible.

Alarma conocer el peligro que se afronta, pero desconocerlo es mucho peor. El niño combatía contra un peligro ignorado. Iba tentandó algo que podría ser quizá su tumba, pero no titubeaba. Daba la vuelta á las rocas, evitaba las hendiduras, sufría los obstáculos y huía de los pantanos. No pudiendo ir derechamente, andaba con firmeza.

Cuando era preciso, retrocedía con energía, apartábase á tiempo de la viscosidad terrible de las arenas movedizas. Se sacudía la nieve que le caía encima; alguna vez se metió en agua hasta las rodillas: al salir del agua, el viento profundo de la noche secaba inmediatamente sus harapos. Tuvo, sin embargo, la precaución de conservar seco y caliente sobre el pecho su chaquetón de marinero. Seguía teniendo mucha hambre.

Las aventuras del abismo no se limitan en sentido alguno; todo es posible en ellas; hasta salvarse: la salida es invisible, pero se puede hallar. Cómo el niño envuelto en opresora espiral de nieve, perdido en el camino entre las dos bocas del abismo y en la obscuridad, pudo conseguir cruzar el istmo, él mismo no sabría decirlo. Se deslizó, trepó, rodó, anduvo, perseveró, y he aquí todo lo que hizo. Este es el secreto de todos los triunfos. Al cabo de poco menos de una hora conoció que el suelo se elevaba y llegó á la otra parte; salió de Chess-Hill y entró en tierra firme.

El puente que une hoy día Sandford-Cas á Smallmouth-Sand no existía á la sazón. Es probable que, tanteando, el niño subiese hasta hallarse frente á frente con Wike Regis, donde entonces había una lengua de arena, verdadera calzada natural, que atravesaba el East-Fleet.

Se salvó del abismo, pero se encontró cara á cara con la tempestad, con el invierno y con la noche.

Delante de él desarrollábase otra vez la sombría inmensidad de las llanuras, y miró hacia tierra, buscando un sendero.

De improviso se inclinó al suelo: acababa de percibir entre la nieve algo que le parecía una huella; efectivamente, era la marca de un pie; la blancura de la nieve la recortaba con limpieza y la hacía visible. El niño la examinó. Era la huella de un pie desnudo, más pequeño que el del hombre y mayor que el de un niño. Probablemente era de mujer.

Más allá de esta huella había otra, después otra, y luego las huellas continuaban á la distancia de un paso y se hundían en la llanura hacia la derecha; estaban frescas todavía y algo cubiertas de nieve. Una mujer acababa de pasar por allí.

Esta mujer llevaba igual dirección que el humo que antes viera el niño; éste, fijando la vista en las huellas, siguió el camino que marcaban.

II

EFECTO DE LA NIEVE

Siguió mucho rato la pista de las huellas; por desgracia, éstas iban siendo cada vez más confusas. La nieve caía densa y persistente. En este momento la urca agonizaba, muriendo, oprimida por el peso de la nieve, en alta mar.

El niño, perdido como la embarcación, pero de otra manera, no teniendo, en el intrincable entrecruzamiento de obscuridades que ante él se levantaban, otro recurso que dicho pie marcado en la nieve, asíase á él como al hilo del dédalo.

De pronto las huellas se borraron y todo quedó llano, unido, raso, sin una sinuosidad ni un detalle. No quedó más que un paño blanco extendido en la tierra y un paño negro extendido en el cielo. Como si la transeunte se hubiera volado.

El niño, no sabiendo qué hacer, se inclinó y buscó, pero inútilmente.

Al levantar la cabeza experimentó la sensación de percibir algo indistinto, pero que no estaba seguro de haber oído; algo parecido á una voz, á un hálito, a una sombra; era más humano que bestial, más sepulcral que vivo; era un ruido soñado.

Miró y no vió nada.

La inmensa soledad desnuda y lívida, era lo único que ante él había.

Escuchó. Lo que creyó oír habíase dissipado. Quizá no había oído nada. Escuchó otra vez... Nada... el mismo silencio.

Era una ilusión efecto de la bruma. Echó á andar á la aventura, no teniendo ya la huella por guía.

Se alejó un poco y el ruido comenzó otra vez. Ahora ya no dudaba. Lo que oía era un gemido, casi un sollozo.

Se volvió hacia donde sonaba; paseó la vista por el espacio nocturno y no vió nada.

El ruido se oyó nuevamente.

Si en el Limbo se puede gritar, allí deben gritar así.

Nada era tan penetrante, tan doloroso y á la vez tan débil como la voz que oyó el niño, porque era una voz que nacía de una alma. Había palpitaciones en su murmullo y, no obstante, parecía inconsciente. Era como un sufrimiento que llama, sin saber que sufre ni que llama; ese grito, primer soplo ó tal vez último suspiro de la vida, estaba á igual distancia del estertor que termina la existencia que del vagido que la empieza. Oía el niño respirar, ahogarse y llorar. ¡Sombria súplica en lo invisible!

El niño fijó la atención por todas partes, lejos, cerca, hacia arriba, hacia abajo. A nadie vió.

Volvió á escuchar y volvió á oír la misma voz, percibiéndola distintamente; la voz tenía algo del balar del cordero.

El niño tuvo miedo y pensó en huir.

El gemido repitióse por cuarta vez; era triste y quejumbroso. Conociase que después de este esfuerzo supremo, más maquinal que voluntario, el grito se extinguiría probablemente; era una expirante reclamación instintivamente dirigida á la cantidad de socorro que se halla suspendida en la extensión; era no sé qué balbuceo de la agonía dirigido á la Providencia posible.

El niño avanzó hacia el lado en que la voz sonaba.

Nada veía, pero avanzó espiondo.

El quejido persistía. Era antes inarticulado y confuso y era ahora claro y vibrante. El niño estaba próximo á la voz. Pero la voz, ¿dónde estaba?

El niño oía en el espacio el temblor de un quejido que pasaba junto á él, gemido humano que flotaba en lo invisible. Tal fué al menos su impresión, confusa, como la profunda bruma en que él se perdía.

Al vacilar el niño entre el instinto que le repelía de allí y el que le decía que permaneciese, percibió entre la nieve y á sus pies, algunos pasos delante de él, una especie de ondulación, de la dimensión de un cuerpo humano, una pequeña prominencia, larga y estrecha, semejante á la hinchazón de una fosa; una especie de sepultura en un cementerio blanco.

Al mismo tiempo la voz gritó; esta voz salía de debajo. El niño acurrucóse ante la ondulación y con las dos manos principió á separar la nieve. A medida que lo conseguía vió modelarse una forma, y de improviso en sus manos, y en el hoyo que acababa de hacer, apareció una cara pálida.

No era ésta la que gritaba, porque tenía los ojos cerrados y la boca abierta, pero llena de nieve, y estaba inmóvil. Ni siquiera la hicieron menear las manos del niño; éste estremecióse al tocar aquel rostro helado. Era la cabeza de una mujer; sus cabellos esparcidos mezclábanse con la nieve. Aquella mujer estaba muerta.

El niño continuó escarbando la nieve. Se destacó el cuello de la muerta, después lo alto del torso, cuya carne se veía al través de los andrajos.

De improviso el tacto del niño se encontró con un movimiento débil; era algo pequeño que estaba enterrado y que se movía. El niño separó la nieve rápidamente y descubrió un pequeño cuerpo, mezquino, descolorido por el frío, vivo todavía y desnudo, sobre el seno desnudo de la muerta. Era una niña.

Estaba cubierta con unos cuantos harapos, y al forcejear habíase salido de ellos. El esfuerzo de sus débiles miembros y su aliento vital, habían hecho fundir la nieve debajo de ella. Una nodriza hubiese creído que tenía cinco ó seis meses, pero quizá tenía un año, porque en la miseria se crece poco y se tienen tendencias al raquitismo. Cuando la niña sintió que le daba el aire en el rostro lanzó un grito, que era la continuación del sollozo de su agonía; necesario era que su madre estuviese muerta para no haberle oído.

El niño tomó en sus brazos á la niña.

La madre, que estaba yerta, tenía aspecto siniestro; irradiación espectral despedía su rostro; la boca, abierta y sin hálito vital, parecía como que comenzaba la respuesta, en la lengua confusa de las sombras, que iba á dar á las preguntas que se hacen á los muertos en lo invisible. Su semblante tenía la reverberación pálida de las llanuras heladas. Veíanse sus cabellos oscuros, el fruncimiento de las cejas, la nariz apretada, las pupilas cerradas, y desde el rincón de los ojos hasta el rincón de los labios un pliegue profundo

causado por el llanto. La nieve daba cierta claridad á la muerte. La desnudez de sus pechos era patética; habían servido, habían sufrido la herida de dar la vida á otro ser, y la majestad maternal reemplazó en ellos á la pureza de los de la virgen. En el pezón de uno de ellos había una perla blanca; era una gota de leche helada.

Digámoslo pronto; en las mismas llanuras que el niño perdido cruzó después una mendiga, que daba el pecho á su pequeña hija y buscaba también un refugio, se perdió hacia pocas horas. Transida de frío y de espanto, la hizo caer al suelo la tempestad y ya no pudo levantarse. La cubrió la avalancha, estrechó cuanto pudo su hija contra su pecho y espiró. La niña probó á mamar en el mármol; pero su boca, no pudiendo hallar el seno, en el que la gota de leche robada por la muerte se heló, y estando habituada á la cuna, pero no á la tumba, lanzó un grito. El niño oyó á la agonizante, la desenterró y la cogió en sus brazos.

La pequeñuela, en cuanto se vió cogida, dejó de gritar. Los rostros de los dos niños se tocaron, y los labios violáceos de ella se acercaron á las mejillas de él como á una teta. La niña estaba ya en el instante en que la sangre, coagulada, va á parar al corazón. Su madre le había comunicado ya algo de la muerte, y tenía los pies, las manos, los brazos y las rodillas paralizados por el hielo: el niño sintió el contacto de este frío horrible.

El niño tenía el chaquetón seco y caliente. Dejó un minuto á la pequeñuela sobre el seno de la madre, se quitó el chaquetón y envolvió á aquella; volvió á cogerla en brazos, y casi desnudo, recibiendo los espesos copos de nieve, emprendió el camino.

La pequeñuela, consiguiendo volver á encontrar la mejilla del niño, apoyó en ella la boca, y al ir adquiriendo calor, quedóse dormida. Así fué el primer beso de sus dos almas en las tinieblas.

La madre se quedó yaciendo allí, de espaldas sobre la nieve y con la cara hacia la noche. Pero en el instante en que el niño se desnudó para vestir á la pequeñuela, tal vez desde el fondo del infinito la madre le vió.

III

NO HAY CAMINO DOLOROSO QUE NO SE COMPLIQUE CON OTRO DOLOR

Hacia ya más de cuatro horas que la urca se había alejado de la bahía de Portland, abandonando el niño en la costa. Desde que estaba solo y andaba perdido, únicamente había tenido tres encuentros de la sociedad humana, en la que acaso iba á entrar: el de un hombre, el de una mujer y el de una niña. Halló al hombre ahorcado sobre una colina, á la mujer sepultada en la nieve y á la niña que conducía en brazos, poco menos.

El niño estaba extenuado de fatiga y de hambre.

Avanzaba más resuelto que nunca, con menos fuerzas y con un peso además. Estaba casi desnudo; los pocos harapos que le quedaban se habían roto como vidrios y le escoriaban la piel. Se enfriaba, pero la pequeñuela se calentaba; lo que él perdía lo ganaba ella. Seguía avanzando.

De vez en cuando, sosteniendo bien á la niña, se bajaba y con una mano asia pedazos de nieve y se frotaba con ella los pies para impedir que se le helasen. Otros momentos, sintiendo fuego en la garganta, se introducía la nieve en la boca y la chupaba; esto engañaba su sed un minuto, pero después tenía fiebre; este alivio acababa por ser una agravación.

La tempestad no cesaba de ser violenta; su paroxismo maltrataba el litoral al mismo tiempo que trastornaba el Océano; este era quizá el momento en que la urca perdida se dislocaba en la lucha que sostenía con los escollos.

El niño atravesó con fuerte viento largas superficies de nieve, andando siempre. No sabía en qué hora se encontraba. No había vuelto á divisar humo. Estas indicaciones de la noche desaparecen rápidamente;

por otra parte, debía ser ya la hora de haber apagado todos los fuegos, ó quizá estaba él equivocado y era posible que no hubiese ciudad ni aldea en la costa que recorría. Aunque dudando, persistía en seguir su camino.

La pequeñuela lloró dos ó tres veces y el niño imprimía entonces á su paso el movimiento de la cuna; ella se tranquilizaba y callaba, acabando por dormirse con profundo sueño. El niño tiritaba, pero sentía que la niña estaba ya caliente.

Apretaba frecuentemente los pliegues del chaquetón alrededor del cuello de la pequeñuela, para que no se le introdujese la nieve por ninguna parte.

La llanura ofrecía ondulaciones: en los declives á los que descendía la nieve, que amasaba el viento en los pliegues que presentaba el terreno, llegaba ésta á tal altura, que el niño se hundía en ella casi entero y tenía que andar casi enterrado. Andaba rechazando la nieve con las rodillas.

Cuando atravesó la hondura llegó á planicies que barría el viento, en las que la nieve era insignificante: en ellas halló la escarcha.

El hálito tibio de la pequeñuela, rozando sus mejillas, le calentaba un momento; pero cuando se detenía, la nieve helada convertía su cabello en un canelón.

Le amedrentaba una complicación terrible, la de poder caer al suelo, porque conocía que ya no podría levantarse. Estaba extenuado de fatiga y temía caer y ser enterrado en la nieve, como la mujer que halló muerta. Había sorteado las pendientes de los precipicios y había escapado con vida; había sorteado las hendiduras y los pantanos, y había salido de ellos; pero ahora una simple caída le causaría la muerte, un paso dado en falso podría abrirle la tumba. No podía resbalarse, porque le sería quizá imposible ponerse erguido otra vez, y esto era allí muy fácil.

La niña le dificultaba mucho el andar; no sólo era para él un peso excesivo, por su laxitud y su agotamiento de fuerzas, sino también un embarazo; ella le ocupaba los dos brazos, y para el que camina sobre la escarcha, los brazos son un balancín natural y necesario.

Se pasó, pues, sin este balancín, y avanzaba no sabiendo qué iba á ser de él,

porque la pequeñuela era la gota que hacía desbordar el vaso de su agonía.

Andaba, oscilando á cada paso, como sobre un trampolín, y ejecutando con las miradas milagros de equilibrio. Acaso le seguían en su vida dolorosa dos ojos abiertos en la lontananza de la sombra: el ojo de la madre y el de Dios.

Vacilaba, afirmábase y cuidaba de la niña, cubriéndola bien. El viento tenía la cobardía de empujarle violentamente, pero él hacía más camino del que necesitaba. Según todas las apariencias, se hallaba en las llanuras en que se estableció más tarde la Bincleaves Farn, que ahora están llenas de caseríos y entonces eran eriales.

De repente se interrumpió la tormenta glacial, que cegaba al niño, y éste percibió á poca distancia un grupo de paredes y de chimeneas, que la nieve ponía de relieve, como silueta en contrario; divisó una ciudad dibujada en blanco sobre el horizonte negro, algo parecido á lo que llamaríamos hoy una prueba negativa.

¡Techos, casas, refugios! El niño llegaba al término de su doloroso viaje y sintióse halagado por el inefable consuelo de la esperanza. Experimentó una emoción parecida á la que debe experimentar el vigía de un navío que grita: ¡Tierra! Aligeró el paso. Por fin iba á ver hombres, iba á entrar en la morada de los vivos; ya nada tenía que temer, y adquirió el calor súbito que se llama seguridad. Se acabaron sus peligros: no debía ya temer ni la noche, ni el invierno, ni la borrasca. Creía que todo el mal posible se había quedado ya detrás de él. La niña ya no le pesaba, y casi corría.

Fijaba en los techos las miradas, pareciéndole que la vida estaba en ellos. Esas eran indudablemente las chimeneas cuyo humo distinguió desde lejos, pero ahora no lo arrojaban.

Se apresuró á llegar á esas habitaciones; por fin penetró en el arrabal de la ciudad, que era una calle abierta. En esta época ya se había perdido la costumbre de cerrar con cadenas las calles durante la noche. En las dos casas primeras no se divisaba ni una lámpara, ni en toda la calle, ni en toda la ciudad, en cuanto alcanzaba la vista. La casa de la derecha,

más que casa era una cabaña; las tapias eran de arcilla y el techo de paja, y tenía más rastros que paredes; una mata de ortigas, que nacía al pie de aquéllas, subía hasta el borde del techo; esta casucha sólo tenía una puerta, que parecía una gatera, y una ventana, que era un tragaluz. Estaba todo cerrado, pero tenía al lado una pocilga habitada, lo que denotaba que la cabaña la habitaban también.

La casa de la izquierda era ancha y alta, toda de piedra y con el techo de pizarra; estaba cerrada como la otra. El niño, sin titubear, dirigióse á la casa grande.

La puerta, de dos hojas, era un macizo tablero de encina, con grandes clavos; una de aquellas puertas que tienen por detrás robusta armazón de barras y de cerrojos; un martillo de hierro pendía de ella. El niño levantó el martillo con mucho esfuerzo, por tener las manos hinchadas, y dió un golpe, pero no le respondieron.

Repitió su llamada dando dos golpes, pero tampoco se movió nadie en la casa.

Llamó por tercera vez y continuó el mismo silencio.

El niño comprendió que estarían durmiendo, ó que no tenían ganas de levantarse.

Entonces se dirigió á la casa pobre. Cogió del suelo y de entre la nieve un tejo y lo lanzó á la puerta. Tampoco le contestaron.

Se alzó sobre la punta de los pies y dió con la teja en la ventana, con bastante suavidad para no romper el vidrio, pero bastante fuerte para que le pudiesen oír. Pero no percibió ni voz, ni pasos, y no vió encenderse ninguna luz. Comprendió que tampoco querían levantarse.

Estaban sordos para los pobres desgraciados lo mismo en el palacio que en la cabaña. El niño decidióse á ir más lejos y penetró en el estrecho de las casas que se prolongaba delante de él, tan obscuro, que más semejaba la separación de dos montes que la entrada de una ciudad.

IV

NUEVA FORMA DEL DESIERTO

Acababa de entrar en Weymouth.

Weymouth no era entonces la honorable y hermosa ciudad de nuestros días; no tenía como hoy el irreprochable muelle rectilíneo, con una fonda y una estatua en honor de Jorge III; porque Jorge III no había nacido todavía; por esta razón no se dibujaba aún en el suelo, en el declive de la verde colina del Este, el caballo blanco, de una yugada de largo, el *White Horse*, montado por un rey, volviendo la cola hacia la ciudad, siempre en honor de Jorge III. Pero estos honores eran merecidos, porque el susodicho rey, por haber perdido en la vejez el talento que nunca tuvo en su juventud, no era responsable de las calamidades de su reinado, era un inocente; ¿y por qué levantarle estatuas?

Hace ciento ochenta años era Weymouth poco simétrico.

El Astarot de las leyendas paseaba algunas veces por la tierra conduciendo á las espaldas una alforja, en la que había un *totum revolutum*, incluso buenas mujeres de sus casas. Una confusión de barracas caídas del saco del diablo pueden dar una idea de lo que era el incorrecto Weymouth: además, en estas casuchas buenas mujeres, y como *specimen* de esas viviendas, la casa de los Músicos.

Confusión de cuevas de madera, esculpidas y carcomidas, lo cual es una segunda escultura; informes de obras de albañilería, trémulas, por no estar construídas á plomo, algunas con pilares, apoyándose las unas con las otras, para no caer impulsadas por el viento del mar, dejando entre ellas el pequeño espacio que puede exigirse de un camino tortuoso y torcido para callejuelas y callizos, inundados frecuentemente por las mareas del equinoccio;

amontonamiento de casas antiquísimas, agrupadas en torno de una iglesia vieja, eso era Weymouth. Weymouth era una especie de antigua aldea normanda estrellada sobre la costa de Inglaterra.

El viajero que entraba en la taberna, transformada hoy en hotel, en vez de pagar regiamente veinticinco francos por un lenguado frito y una botella excelente, pasaba por la humillación de comer por dos *sous* una sopa de pescado, que, á pesar de esto, estaba riquísima.

El niño, conduciendo en brazos á la pequeñuela, siguió la primera calle, luego la segunda y después la tercera. Levantaba la vista buscando en todos los pisos un vidrio iluminado, pero todo estaba apagado y cerrado aún. De vez en cuando llamaba á las puertas, pero nadie le contestaba. Nada hace tener el corazón tan empedernido como encontrarse caliente entre dos sábanas. El ruido y las sacudidas que experimentó acabaron por despertar á la pequeñuela; el niño lo conoció al sentir que le tetaba la mejilla, pero ella no lloraba, creyendo estar con su madre.

Arriesgóse á dar la vuelta y á rodar mucho tiempo, quizá por las intersecciones de las callejuelas de Scrambidge, en las que había entonces más terrenos cultivados que casas, pero penetró oportunamente en un paso estrecho que aún existe hoy cerca de Trinity Schools; este paso condújole á una playa, que era un rudimento de muelle con parapeto, y á su derecha divisó un puente. Era el puente de la Wey, que une á Weymouth con Melcomb-Regis, y por debajo de sus arcos comunicábase Harbour con la Back-Water.

La aldea de Weymouth era á la sazón el arrabal de Melcomb-Regis, ciudad y puerto, pero actualmente Melcomb-Regis es sólo una parroquia de Weymouth. La aldea absorbió á la ciudad; esta absorción verificóse por medio del puente. Los puentes son singulares aparatos de succión, que aspiran las poblaciones y consiguen á veces acrecentar un cuartel de la ribera á expensas del que tiene enfrente.

El niño fué al puente, que en esa época ofrecía estrecho paso, pero cubierto de madera, y lo cruzó; gracias al techo del puente, en el piso no había nieve; los pies desnudos del muchacho tuvieron un instante

de bienestar mientras andaban sobre tablas secas.

Después de pasar el puente se halló el niño en Melcomb-Regis, en el que hay menos casas de madera que de piedra; esto no era ya un pueblo, era una hermosa ciudad. El puente desembocaba en la calle de Santo Tomás. La calle tenía buenos edificios y aquí y allá multitud de tiendas. El muchacho, ya internado en ella, llamó á muchas puertas.

Pero en Melcomb-Regis, como en Weymouth, nadie se movía ni le respondía. El niño errante sufría la presión indefinida de la ciudad dormida. Ese mutismo de hormiguero paralizado, produce el vértigo. Todos esos letargos confunden sus pesadillas y brota de los cuerpos humanos yacentes una humareda de sueños. El sueño tiene sombrías proximidades fuera de la vida; el pensamiento de los dormidos, descompuesto, flota por encima de ellos y se amalgama en lo posible que acaso piensa también en el espacio. De aquí provienen los enredamientos. El delirio, que es una nube, sobrepone sus espesores y sus transparencias al espíritu, que es una estrella. En las pupilas cerradas, en las que la visión reemplazó á la vista, disgregación sepulcral de siluetas y de aspectos dilátase en lo palpable.

Esparcimiento de existencias misteriosas se combina á nuestra vida por ese borde de la muerte que se llama sueño. En el aire se efectúan esos entrelazamientos de larvas y de almas; hasta el que no duerme siente que pesa sobre él ese centro lleno de vida siniestra. El hombre despierto que camina á través de los fantasmas del sueño de los demás, atacando confusamente las formas pasajeras, tiene ó cree tener el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible, y siente á cada momento el choque obscuro de un encuentro inexpresable que se desvanece. Esto es lo que se llama sentir miedo sin saber por qué: esto lo experimenta el hombre, pero el niño mucho más.

La incomodidad del sobresalto nocturno, acrecentada por las casas-espectros, agravaba el conjunto lúgubre con que el niño luchaba.

Penetró en Conycar Lane y distinguió al extremo de esta calle la Back-Water, que tomó por el Océano; no sabía ya por dónde

estaba el mar: volvió atrás y luego torció á la izquierda por la calle de Maiden, y fué á parar á Saint-Albansrow.

Allí, á la casualidad, sin elegir, en las primeras casas que encontró, llamó violentamente y repetidas veces.

Una voz contestó.

La voz que señalaba las horas; la voz que dió tres campanadas en el antiguo campanario de San Nicolás.

Después volvió á reinar el silencio.

Es sorprendente que ni un solo habitante abriese una ventana; no obstante, hasta cierto punto ese silencio se explica. Es necesario referir que el mes de enero de 1690 era el día siguiente de una horrible peste que hubo en Londres, y que el temor de recibir á vagabundos enfermos producía en todas partes disminución de la hospitalidad. Temían abrir las ventanas para no aspirar miasmas peligrosos.

El niño encontró el frío de los hombres más terrible que el frío de la noche, porque este frío es voluntario, y sintióse más descorazonado que en medio de la soledad. Ahora que iba á participar de la vida común, se hallaba solo y sufría indecible angustia. Comprendía que el desierto fuese implacable, pero no podía comprender que fuese inexorable la ciudad.

Las horas que sonaron y que acababa de contar le abatieron por completo; nada hiela en determinados casos como oír tocar las horas. Parecen la pública declaración de indiferencia de la eternidad, que dice: ¡Qué me importa!

El niño se detuvo preguntándose en aquel lamentable momento si no sería preferible acostarse en la nieve y dejarse morir; pero la pequeñuela recostó la cabeza sobre su hombro y volvióse á dormir; esta confianza inocente le hizo volver á andar: el niño, que veía derrumbarse todo ante él, conoció que tenía que servir de apoyo; profundo requerimiento del deber.

Ni estas ideas, ni esta situación, eran propias de su edad, y es muy probable que no las comprendiese; lo que hacía debía hacerlo instintivamente.

Encaminóse á Johnstone row, pero ya no andaba, se arrastraba. Dejó á su izquierda la calle de Sainte-Mary; hizo varios zig-zags por las callejuelas, y desembocó en un espacio situado entre dos rui-

nas, en las que divisó una extensión sin caserío. Era un terreno no edificado; probablemente sería el sitio donde se halla hoy la plaza de Chesterfield. Vió á su derecha el mar y casi nada de la ciudad á su izquierda.

Allí empezaba el campo. Al Este, grandes planos inclinados cubiertos de nieve marcaban las anchas vertientes de Radipole. ¿Qué iba á hacer el niño? ¿Proseguir el viaje? ¿Volver á internarse en las soledades? ¿Retroceder y volver á las calles? ¿Qué silencio escoger entre el de la llanura muda y el de la ciudad sorda?

Como existe el áncora de misericordia, existe también la mirada de misericordia, y ésa fué la que el pobre niño, desesperado, dirigió en torno suyo.

De improviso oyó una amenaza.

V

EL FILÓSOFO HACE DE LAS SUYAS

El niño percibió un crujido de dientes extraño y alarmante, que era suficiente para hacerle retroceder; pero, no obstante, avanzó.

A los que consterna el silencio, les place el rugido, y el niño, en vez de amedrentarse, adquirió ánimo, porque esa amenaza era para él una promesa. Había cerca de él un ser vivo y despierto, tal vez una bestia feroz. Se encaminó á la parte donde oyó el rugido.

Dobló la esquina de la pared, y detrás, á la reverberación sepulcral de la nieve y del mar, divisó un objeto que se abrigaba allí: era una carreta ó una cabaña; tenía ruedas, debía ser un carruaje; pero también tenía techo, debía ser una morada; del techo salía un tubo y del tubo humo; el humo era rojo, lo que parecía indicar que había buen fuego en el interior. Por detrás del vehículo goznes salientes indicaban una puerta, y en medio de esta puerta una abertura cuadrada dejaba pasar el resplandor de dentro.

El niño se aproximó; el crujido adquirió

más fuerza, y cuando aquél llegó á la choza ambulante, la amenaza era ya furiosa; no era ladrido, era aullido. Percibió un ruido seco, como el de una cadena violentamente sacudida, y aparecieron de improviso por debajo de la puerta, en la división de las dos ruedas de detrás, dos filas de dientes agudos y blancos. A la vez que pasaba una cola por entre las ruedas, pasó una cabeza por la ventana.

—¡Cállate! — exclamó una voz en el interior.

La boca se calló.

—¿Hay ahí alguien?—interrogó la voz.

—Sí—contestó el niño.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién eres tú y de dónde vienes?

—Estoy muerto de fatiga—exclamó el chico.

—¿Qué hora es?

—Tengo frío.

—¿Qué haces ahí?

—Tengo hambre.

—Todo el mundo no puede ser feliz como un lord. Vete.

La cabeza se fué y la ventana se cerró.

El pequeñuelo dobló la cabeza, estrechó en sus brazos á la niña dormida y reunió la fuerza que le quedaba para continuar el camino. Dió algunos pasos y empezó á alejarse.

Entretanto, mientras la ventana se cerró, abrióse la puerta y bajo de ella una estribera. La voz que acababa de hablar al pequeño desde el fondo de la choza gritó colérica:

—Pues bien; ¿por qué no entras?

El niño se aproximó otra vez.

—Entra — repitió la voz. — ¿Quién es tan idiota que no entrá teniendo hambre y frío?

El niño, atraído, pero temeroso, se quedó inmóvil.

—¡Te digo que entres, bribón!

Al fin se decidió y puso un pie en el primer escalón de la estribera.

Pero dentro del carricoche refunfuñaron y el niño retrocedió.

La boca volvió á aparecer abierta.

—¡Silencio!—dijo el hombre.

La boca se cerró y entró; el refunfuño cesó también.

—Sube — exclamó por tercera vez el hombre.

El niño ascendió penosamente los tres escalones; le pesaba la pequeñuela, que iba tan tapada y tan envuelta que no se la veía. Cuando franqueó los tres escalones y llegó al umbral de la puerta, se detuvo.

Ninguna vela brillaba en la choza ambulante, probablemente por economía de la miseria; el interior de aquélla estaba iluminado nada más por el resplandor rojizo que salía del respiradero del hornillo en el que ardía fuego de turba; sobre el hornillo humeaba una escudilla y una cerola, conteniendo comida, según las apariencias y según el buen olor que arrojaba. Esta habitación estaba amueblada con un cofre, con un banquillo de madera y con una linterna apagada y pendiente del techo; en los tabiques había algunas tablas fijadas con listoncillos, en las que estaban colocadas muchas cosas mezcladas. De los clavos que salían de las tablas colgaban objetos de vidrio y de cobre, un alambique, un recipiente y una confusión de cosas raras que el niño desconocía y que componían la batería de cocina de un químico. La choza era de figura oblonga; no llegaba á ser un cuarto pequeño: era una caja grande; su exterior se hallaba más claro á causa de la nieve, que su interior alumbrado por el hornillo, allí todo se veía indistinto y confuso, y sin embargo, el reflejo del fuego sobre el techo permitía leer allí esta inscripción, escrita en gruesos caracteres: *Ursus, filósofo.*

En efecto, el niño acababa de entrar en casa de Homo y de Ursus; acabamos de oír aullar al uno y hablar al otro.

Al llegar el niño al umbral de la puerta, divisó cerca del hornillo á un hombre largo y flaco, vestido de color gris, que estaba de pie, y cuyo cráneo calvo daba en el techo; este hombre no hubiera podido levantar la cabeza; la choza apenas tenía su altura.

—Entra—dijo Ursus.

El niño penetró.

—Deja ahí el paquete.

El muchacho lo dejó con sumo cuidado encima del cofre, temiendo despertar y asustar á la criatura.

El hombre siguió hablando:

—¡No lo dejarías con más cuidado si

fuese un relicario! ¿Tienes miedo de que se estropeen tus harapos? ¡Ah, pícaro! ¿A estas horas por las calles! ¿Quién eres? Contéstame. Pero no, no me respondas. Acudamos primero á lo más urgente; ya que tienes frío, caliéntate.

Le asió por los hombros, y lo colocó delante del hornillo.

—¡Estás completamente mojado! ¡Estás helado!... ¡Vaya un modo de entrar en las casas!... ¡Vamos, quítate esos andrajos podridos!

Con una mano le arrancó bruscamente los andrajos, que se rompieron y se deshilaron, y con la otra descolgó de un clavo una camisa de hombre y una chaqueta de tricot.

—Vamos, aquí tienes ropa.

Buscó en un montón un trozo de tela de lana, y frotó con ella, cerca del fuego, los miembros del muchacho asombrado y desfallecido, que al verse desnudo y caliente creyó ver y tocar el Cielo. Le frotó todo el cuerpo hasta los pies.

—Vamos, bribón, no tienes ningún miembro helado; he sido bastante estúpido para creer que lo tenías. ¡No te quedarás baldado por esta vez! Vístete.

El chico se puso la camisa, y el hombre le colocó encima la chaqueta de tricot.

—Ahora...

El hombre, diciendo esto, acercó el banquillo con el pie é hizo sentar en él al niño, indicándole luego con el índice la escudilla que humeaba sobre el hornillo. Lo que el niño divisó dentro de ella era una patata y tocino.

—Pues tienes hambre, come.

El hombre cogió de una de las tablas un pedazo de pan duro y un tenedor de hierro, y se los tendió al niño; éste no se atrevía á tomarlos.

—¿Es que quieres que te ponga el cubierto?

Diciendo esto, el hombre colocó la escudilla sobre las rodillas del niño.

—Cómete eso.

El hambre pudo más en el niño que su atolondramiento, y empezó á comer. El pobrecillo, en lugar de comer, devoraba; el ruido del pan seco mascado llenaba la choza. El hombre murmuraba:

—¡No comas tan de prisa! ¡Es glotón

este pillete!... ¡Da náuseas ver comer á estos miserables cuando tienen hambre!... Da gusto ver cómo cena un lord. Yo he visto comer á dos duques, y ¡esto es comer con nobleza!... ¡Vamos, granuja, hártate!

La ausencia de oídos, que caracteriza al estómago hambriento, hacía insensible al muchacho á la violencia de los epítetos de Ursus, atemperada por otra parte por la caridad de sus acciones, contrasentido favorable al niño, que en aquel momento le absorbían dos urgencias, dos éxtasis: el de calentarse y el de comer.

Ursus continuaba entre tanto, entre carne y cuero, su imprecación á la sordina.

—Yo vi al rey Jacobo en persona, cenar en el Banqueting-House, y su majestad apenas probaba bocado. ¡Que idea tuve de venir á este maldito Weymouth! ¡lugar siete veces consagrado á los dioses infernales! Desde esta mañana no he vendido nada: dirigi la palabra á la nieve, y toqué la flauta al huracán; no he recogido ni la moneda más insignificante, y por la noche tengo que socorrer á mendigos. ¡Terrible encuentro! Sostengo lucha, batalla, y concurso con los transeuntes idiotas; ellos procuran pagarme con liards, y yo trato de no darles más que drogas. Pues hoy nada, cero; ni hallé un idiota en las callejuelas, ni un penny en mi caja. ¡Come, tunante del infierno! ¡Engorda á mis expensas, párasito! ¡Este muchacho no está hambriento, está rabioso! eso ya no es apetito, es ferocidad. Tal vez se vea obligado á comer más de lo que necesita por un virus rábico. ¡Quién sabe! Quizá tenga la peste. ¿Tienes la peste, granuja? ¡Si contagiase á Homo!... No, no quiero; que reviente el pueblo, pero que viva mi lobo... ¡Ah, también yo tengo hambre! Declaro que este incidente es desagradable. Hoy trabajé hasta muy entrada la noche. Hay ocasiones en que tenemos prisa, y yo la tuve esta noche de comer. Estaba solo, encendí el fuego: únicamente tenía una patata, un trozo de pan, otro trozo de tocino, un poco de leche, y lo puse todo á calentar, diciendo: — Bien, esto satisfará mi necesidad; me imagino que voy á comer, y ¡pataplum! me cae en la choza este cocodrilo, que se instala cómodamente entre el alimento y yo, devastando mi refectorio. Co-

me, tiburón, come. ¿Cuántas filas de dientes tienes en la boca, lobezno?... No, no; retiro la frase por respeto á los lobos. He trabajado todo el día con el estómago vacío, y la recompensa que recibo esta noche, es ver comer á otro. Pero es lo mismo, lo partiremos entre los dos; él se tomará el tocino, la patata y el pan, y yo me beberé la leche.

En este instante se oyó en la choza un grito lastimero y prolongado. El hombre se puso á escuchar.

—¡Ahora chillas, sicofanta! ¿por qué gritas?

El niño se volvió. Era evidente que él no gritaba; tenía la boca llena.

Ursus dirigióse al cofre.

—¡Pues es el paquete que vocea! Esto es el valle de Josafat. El paquete vociferaba; ¿qué tienes en él que grazna?

Ursus lo deslió, y vió aparecer la cabeza de una criatura, con la boca abierta y gritando.

—¿Quién está ahí? ¿Qué es esto? Otro aparecido. ¿Esto no va á terminar nunca? ¿Quién vive? ¿Qué es lo que traes aquí, bandido? ¿No ves que tiene sed? Es necesario que beba. Bien está, me privaré de la leche.

Cogió de una de las tablas un rollo de lienzo para hacer vendajes, una esponja y una redoma, y emitió el siguiente apóstrofe:

—¡Maldito país!

Después contempló á la criatura.

—Es una niña — exclamó;—esto se conoce en el modo de gemir, y está tan mojada como el niño.

Le arrancó también los andrajos, que más le mojaban que le cubrían, y le envolvió en un pedazo de tela pobre, pero seca y limpia; este rápido y brusco cambio le asperó á la niña.

—Maulla como una desesperada — exclamó Ursus.

Cortó con los dientes un pedazo largo de esponja, desenvolvió del rollo un largo trozo de lienzo, sacó de él una hebra de hilo, tomó del hornillo la leche, que puso en la redoma; medio metió la esponja en el cuello del frasco, cubrió la esponja con el lienzo, ató el tapón con el hilo, aplicóse la redoma contra la mejilla para cerciorarse de que no estaba demasiado caliente, y tomó con el brazo izquierdo á

la criatura, que seguía llorando.

—Vamos, calla, que vas á cenar; toma la teta.

Diciendo esto le puso en la boca el cuello de la redoma. La niña bebió con avidez; él le sostuvo la redoma de manera que pudiese beber cómodamente.

—Lo mismo son todos; cuando se les da lo que quieren, callan.

Bebió la niña con tanta energía y se había cogido tan fuertemente al pezón del seno que le ofrecía aquella providencia grosera, que le dió un acceso de tos.

—¡Te vas á ahogar! — refunfuó Ursus; — ¡qué tragona eres!...

Le retiró la esponja que ella chupaba, para que se le calmase la tos, y le puso la redoma sola en los labios, exclamando:

—Toma teta ahora.

El niño había soltado el tenedor: se olvidaba de comer viendo cómo bebía la pequeña. Instantes antes, cuando comía, brillaba la satisfacción en sus miradas; pero ahora brillaba la gratitud, porque veía que revivía la niña; al ver que se completaba la resurrección que él empezó, llenábase su pupila de reverberación inefable. Ursus continuaba entre dientes rumiando palabras coléricas. El niño, á cada momento, miraba á Ursus con los ojos húmedos por la emoción indefinible que experimentaba, sin poder expresarla.

Ursus le dijo:

—Vamos, ¿qué, no comes?

—¿Y vos?...—le interrogó el niño temblando.—¿Vos no tenéis qué comer?

—Cómetelo todo; habiendo poco para ti, no puede haber suficiente para mí.

El niño volvió á tomar el tenedor, pero no comía.

—Come—vociferó Ursus. — Ahora no se trata de mí. Te digo, granuja, que te lo comas todo. Has venido aquí á comer, á beber y á dormir. Si no comes, os arrojé por la puerta á la calle á la niña y á ti.

Al oír esta amenaza, volvió á comer el muchacho, aunque era ya poco lo que quedaba en la escudilla.

—Junta mal este edificio, y penetra frío por los vidrios—murmuró Ursus.

En efecto, había en su parte delantera un vidrio roto á causa de algún vaivén del carricoche ú otro cualquier motivo. Ur-

sus aplicó á esta avería un pedazo de papel, que se había despegado y por la cual se introducía el viento.

Estaba sentado en el cofre; tenía á la niña entre las rodillas y los brazos, y ésta chupaba voluptuosamente el cuello de la redoma con la dichosa soñolencia de los querubines ante Dios, y de los pequeños ante la teta.

—La criatura está ya gris—dijo Ursus, y añadió después:—¡Predicad sermones en pro de la temperancia!...

El viento arrancó del vidrio el emplasto de papel, que voló dentro de la choza; pero esto no motivó alarma en los niños, que estaban ocupados en revivir.

Mientras ella bebía y él comía, Ursus maldecía de todo.

—La embriaguez empieza en los pañales. Es inútil que os empeñéis en ser como el obispo de Tillotson y en tronar contra los excesos de la bebida. ¡Maldito viento colado! Además del aire, el hornillo es viejo y deja escapar bocanadas de humo capaces de asfixiar á cualquiera. Aquí hay el inconveniente del frío y el inconveniente del fuego. Aquí no se ve claro. El ser que se halla aquí conmigo abusa de mi hospitalidad, y yo aun no he podido distinguir la cara de ese granuja. Por Júpiter, que me seducen los ricos festines en estancias bien cerradas. Erré mi vocación, porque yo había nacido para ser sensual. El mayor de los sabios fué Filoxenes, que deseaba tener cuello de grulla para gozar más tiempo de los placeres de la mesa. La entrada de hoy ha sido cero; nada he vendido durante el día. Aquí todo el mundo disfruta de buena salud; ésta es una maldita ciudad en la que nadie está enfermo; únicamente el cielo tiene diarrea, y ¡cuánta nieve! ¡Qué horrible tempestad! No puedo olvidar los desastres que habrá causado á los que se hallaban en el mar, porque en él se encontrará á estas horas muchísima gente. Amigos míos, salid de él como podáis, que yo tengo bastante que luchar para sostener también mi vida. ¿Acaso tengo yo albergue? ¿Cómo es, pues, que en él recibo viajeros? La desventura universal salpica hasta mi pobreza, caen hasta mi choza gotas sucias del barro humano. Estoy entregado á la voracidad de los transeuntes, soy su presa, la presa de los muertos de hambre. Gozo del invier-

no, de la noche, de una cabaña de cartón, de un amigo infeliz, de una tempestad, de una patata, de un fuego insignificante, de parásitos, del viento que se introduce por todas las hendiduras, de no tener dinero y de paquetes que la vociferan; los abro y me encuentro con criaturas indigentes que lloran. ¡Envidiable suerte es la mía! Además, hay que añadir que violo las leyes: soy un vagabundo que circulo por las calles después del toque de *cubrefuego*. Si nuestro buen Rey lo supiese, me castigaría para que escarmentase. Existen reglamentos y ordenanzas que lo prohíben. Se castiga á los vagabundos mientras se vigila, y se protege á los hombres honrados que viven en sus propias casas; los reyes son los padres del pueblo. No estás domiciliado, y te azotarán en la plaza pública si te cogen, y harán muy bien. Es necesario que haya orden en los pueblos civilizados; debía denunciarte al condestable, pero yo soy así; conozco el bien y practico el mal. ¡Ah, pillastre, entrar en mi choza en tal estado! La nieve que introdujo al entrar se ha deshecho y me ha mojado toda la casa; estoy inundado; será necesario quemar un carbón del que no puedo disponer, para secar este lago; carbón de á doce farthings, carbón muy caro. ¿Cómo nos vamos á arreglar para vivir tres dentro de esta caja con ruedas? Esto debe terminar: entraré en el Nursery (1), y seré el porvenir para la miseria de Inglaterra. Tendré por empleo, oficio y función, devastar los fetos abortados por la indigencia, perfeccionar la fealdad de los patibulos antiguos, y dar á la pillería formas filosóficas. Si me hubieran agradado esos oficios hace treinta años, ahora sería rico y Homo estaría gordo; yo tendría un gabinete de medicina lleno de curiosidades, y tantos instrumentos de cirugía como el doctor Linacre, cirujano del rey Enrique VIII; animales de todas clases, momias de Egipto, é infinitad de cosas más. Estaría en el colegio de los doctores, y tendría el derecho de disfrutar de la biblioteca fundada en 1652 por el célebre Harvey, y de poder trabajar en la linterna de la bóveda, desde la que se descubre todo Londres. Podría proseguir mis

(1) Sitio de asistencia para los enfermos.

cálculos sobre la ofuscación solar, y probar que sale del astro un vapor caliginoso; ésta es la opinión de Juan Kepler, que nació un año antes de la Saint-Barthelemy, y que fué matemático del Emperador. El sol es una chimenea que arroja humo algunas veces; mi hornillo también; mi hornillo no vale menos que el sol. Si hubiese hecho fortuna, sería yo un personaje, porque no sería trivial y no envilecería la ciencia por las callejuelas. El pueblo es digno de poseer doctrinas, porque el pueblo está compuesto de una multitud de insensatos, de una mezcla confusa de todas las edades, de los sexos, de los humores y de las condiciones que los sabios de todos los tiempos no han titubeado en despreciar, y del que los más moderados detestan justamente la extravagancia y el furor. Me fastidia cuanto existe; cuando llega este fastidio, no se vive mucho tiempo; pero no, me engaño, se vive aún demasiado. Por intervalos, para que no nos desanimemos, para que tengamos la estupidez de consentir en vivir, y para que no aprovechemos las excelentes ocasiones de ahorcarnos que nos ofrecen las cuerdas y los clavos, la Naturaleza parece que se interesa por el hombre. Hace crecer el trigo, madurar el racimo y gorjear al ruiseñor. De cuando en cuando nos da un rayo espléndido de aurora ó una copa de ginebra, y á esto se llama felicidad; insignificante bordado del bien en derredor del inmenso sudario del mal. De nuestro destino el diablo hace el tejido, y Dios hace el dobladillo; pero entre tanto, ladrón, ¡te has comido mi cena!

Mientras, la criatura que Ursus tenía todavía en brazos con suavidad, al mismo tiempo que pronunciaba su rabioso monólogo, cerraba vagamente los ojos en señal de plenitud. Ursus examinó la redoma, y refunfuñó:

—La descarada se lo ha bebido todo.

Se enderezó, y sosteniendo á la niña con el brazo izquierdo, con la mano derecha levantó la tapa del cofre y extrajo una piel de oso, que él llamaba «su verdadera piel». Ejecutando esta maniobra, oía roncar á la niña, y la miraba de reojo.

—De hoy en adelante será para mí una nueva ocupación nutrir á este glotón que

tiene que crecer; será el gusano solitario que llevaré en el vientre de mi industria.

Con un solo brazo extendió, como pudo, sobre el cofre la piel de oso, con cuidado, para no interrumpir el principio del sueño que se había apoderado de la niña, y la depositó sobre la piel, por la parte más inmediata al fuego. Luego dejó sobre el hornillo la redoma vacía, y dijo:

—Ahora soy yo el que tengo sed.

Miró la cacerola, y únicamente quedaban ya en ella algunos sorbos de leche, y la acercó á los labios; pero en el instante de ir á beber miró á la niña, y volvió á poner la cacerola en el hornillo, tomó la redoma, le quitó el tapón, y vació en ella la leche que quedaba, que era suficiente para llenarla; mudó la esponja, y volvió á atar el lienzo sobre ésta en derredor del cuello de la redoma.

—Tengo hambre y sed — exclamó, — pero, cuando no se puede comer ni pan, se bebe agua.

Había detrás del hornillo un cántaro.

—¿Quieres beber? — le interrogó al niño. El niño bebió y siguió comiendo.

Ursus volvió á tomar el cántaro, y lo llevó á los labios. La temperatura del agua estaba modificada por su proximidad al hornillo. Bebió algunos tragos, haciendo una mueca.

—Tienes pretensiones de ser agua pura, y te asemejas á los falsos amigos. Eres tibia por encima y fría por debajo.

Entre tanto el niño había concluido su cena; dejó la escudilla, no sólo vacía, sino limpia, y recogía y comía, pensativo, algunas migajas de pan diseminadas por los pliegues de su tricó y por sus rodillas.

Ursus se dirigió á él.

—Ahora que ya has cenado, hablemos los dos; la boca no se hizo sólo para comer, que también se hizo para hablar. Ahora que estás ya caliente y alimentado, vas á contestar á lo que te pregunte. ¿De dónde vienes?

—No lo sé — contestó el niño.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—Me abandonaron esta tarde en la orilla del mar.

—¡Ah, granuja! ¿Cómo te llaman? ¿Eres tan malo que te abandonan tus padres?

—Yo no tengo padres.

—Piensa que soy un hombre serio, y que no permito que se me digan embustes y que me refieran cuentos. Debes tener padres, ya que vienes con tu hermanita.

—Ésa niña no es hermana mía.

—¡No es tu hermana!

—No.

—¿Qué es, pues?

—Es una niña que he encontrado.

—¿La has encontrado?

—Sí.

—Pero... ¿tú la has recogido?

—Sí.

—¿Dónde? ¡Si mientes te extermino!

—Acurrucada junto al pecho de una mujer que estaba muerta bajo la nieve.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—A una legua de aquí.

Los arcos frontales de Ursus plegáronse y adquirieron la forma aguda que denota la emoción de las cejas de un filósofo.

—¡Una mujer muerta! ¡ella es feliz! Hay que dejarla entre la nieve; allí está bien. ¿En qué parte la hallaste?

—A la parte del mar.

—¿Atravesaste el puente?

—Sí.

Ursus abrió la ventana de detrás y examinó el tiempo, que no había mejorado. La nieve descendía espesa y lúgubre. Cerró la ventana en seguida. Fué donde estaba el vidrio roto, tapó el agujero con un trapo, puso carbón en el hornillo, desplegó cuanto pudo sobre el cofre la piel de oso, asió un libro grueso que había en un rincón, y lo puso como cabecera á la pequeñuela para que le sirviese de almohada.

—Acuéstate á su lado — le dijo al niño.

Este obedeció, y se extendió á lo largo junto á la niña.

Ursus envolvió á los niños con la piel, y se la enganchó á los pies. Alcanzó de una de las tablas, y se ciñó en torno del cuerpo, una cintura de tela con un gran bolsillo, que contenía, indudablemente, un estuche de cirugía y frascos de elixires.

Luego descolgó la linterna y la encendió. Era una linterna sorda, y al alumbrar, dejó sumidos en las tinieblas á los niños.

Ursus entreabrió la puerta, y exclamó:

—Salgo; no tengas miedo, que vuelvo en seguida. Duerme.

Al bajar la estribera, gritó:

—¡Homo!

Le contestó un tierno gruñido.

Ursus bajó con la linterna en la mano, subió la estribera, y la puerta se cerró. Los niños quedaron solos.

Desde fuera la voz de Ursus preguntó:

—Niño, ¿no duermes todavía?

—No — contestó éste.

—Pues bien; si la pequeñuela llora, dale la leche que queda.

Oyóse el ruido de una cadena que se suelta, y el de los pasos de hombre junto con los del animal que se alejaban.

Algunos momentos después, los niños dormían profundamente.

Realizaba no sé qué inefable mezcla de alientos la ignorancia, más que la castidad; aquello era una noche de boda celebrada antes de tener sexo. El niño y la niña, desnudos y uno junto al otro, tuvieron durante las horas del silencio la unión seráfica de la sombra; la cantidad posible de sueño á esa edad flotaba del uno al otro, y había probablemente bajo sus pupilas cerradas algo de la luz de la estrella. Esas inocencias en tales tinieblas, tal pureza de semejantes abrazos, esas anticipaciones del Cielo, únicamente son posibles en la niñez, y ninguna inmensidad se acerca á esta grandeza de los pequeños. De todos los abismos, éste es el más profundo. La perpetuidad formidable del muerto encadenado fuera de la vida, el terrible encarnizamiento contra un naufrago, la inmensa blancura de la nieve cubriendo formas enterradas, no son tan patéticos como dos bocas de niños que se rozan divinamente durante el sueño, y cuyo encuentro no llega á ser un beso. Puede significar esponsales, quizá, quizá una catástrofe. Lo desconocido pesa sobre esta yuxtaposición. Esto es halagador y ¿quién sabe si espantoso? Se ve con el corazón conmovido. Ambos dormían apaciblemente, prestándose calor el uno al otro. La desnudez de los cuerpos entrelazados amalgamaba la virginidad de las almas; hallábanse allí los dos como dentro de un nido sobre el abismo.

VI

EL DESPERTAR

El día comenzó por ser siniestro, y una blancura triste entró en la choza, la del alba helada. Esa palidez, que da un bosquejo de realidad fúnebre á los objetos, no despertó á los niños, que dormían profundamente. La cabaña estaba caliente. Oíanse alternar sus dos respiraciones como dos ondas tranquilas. Por fuera no rugía el viento, y la claridad del crepúsculo tomaba lentamente posesión del horizonte. Las constelaciones apagábanse como velas sopladas una detrás de otra; únicamente se resistían á desaparecer algunas estrellas grandes. El canto profundo del infinito ascendía del mar.

El fuego no se había apagado del todo. Los primeros albores de la mañana se trocaron en completo amanecer. El niño dormía menos que la niña, porque, sin duda, creyó que debía ser vigilante y guarda. Cuando un rayo, más fuerte que los otros, atravesó el vidrio, entreabrió los ojos. El sueño de la infancia lo termina el olvido. Quedó en un adormecimiento, sin saber dónde se hallaba; sin conocer lo que tenía tan cerca, y sin hacer esfuerzos para acordarse; observando el techo y componiendo un vago trabajo de imaginación del letrado *Ursus*, filósofo, que contemplaba sin poderlo descifrar, porque no sabía leer.

El ruido de dar la vuelta una llave en una cerradura le hizo levantar la cabeza. Se abrió la puerta, y la estribera bajó; sobre ella apareció *Ursus*, que penetró con la linterna apagada. Al mismo tiempo cuatro patas escalaron pausadamente la estribera; era *Homo*, que siguiendo á *Ursus*, entraba en su casa como éste.

El niño se despertó sobresaltado.

El lobo, que sin duda sentía el apetito matinal, mostraba sus dientes, que eran muy blancos. Se paró á medio subir, y

puso las dos patas de delante en la choza y los dos codos apoyados en el umbral, como un predicador en el borde del púlpito. Olfateó desde lejos el cofre, que no tenía costumbre de ver habitado como ahora. El busto del lobo, encuadrado en la puerta, dibujábase en negro sobre el fondo claro de la mañana. Se decidió al fin, y entró.

El niño, al divisar al lobo en la choza, salió de la piel de oso, se levantó y se puso de pie delante de la pequeñuela, que continuaba dormida.

Ursus acababa de colgar la linterna del clavo del techo. Desabrochó silenciosamente con lentitud maquina su cintura, que encerraba el estuche, y la colocó sobre una de las tablas. Ni miraba ni veía: sus pupilas estaban vidriosas. Algo profundo agitaba su espíritu. Su pensamiento saltó al fin, como de costumbre, con una avenida de palabras.

—¡Decididamente es dichosa! ¡está muerta, enteramente muerta!—dijo, acurrucándose y poniendo carbón en el hornillo, removiendo la turba y murmurando: —Trabajo me costó hallarla. La malicia desconocida la había ocultado bajo dos pies de nieve; sin el auxilio de *Homo*, que ve tan claro por la nariz como *Cristóbal Colón* por el talento, todavía estaría allí, pateando en la avalancha y jugando al escondite con la muerta. *Diógenes* cogió la linterna para ir á buscar un hombre, y yo la cogí para buscar una mujer; él halló el sarcasmo, y yo el duelo. ¡Qué fría estaba! Su mano semejaba una piedra. ¡Qué silencio había en aquellos ojos! ¡No se comprende cómo haya quien se muera dejando un hijo! Vamos á estar harto incómodos los tres metidos en esta caja. He aquí cómo ya tengo familia: hijo é hija.

Mientras *Ursus* charlaba, *Homo* se había escurrido hasta cerca del hornillo. La mano de la niña dormida colgaba entre el hornillo y el cofre; el lobo se puso á la mer dicha mano, pero tan suavemente, que la niña no se despertó.

Ursus se volvió hacia él.

—Bien, *Homo*, muy bien—le dijo;—yo seré su padre y tú serás su tío.

Después volvió á dedicarse á su ocupación de filósofo, esto es, á arreglar el fuego sin interrumpir su charla.

—Les adopto; no hay más que hablar; á *Homo* le parece bien.

Luego se puso en pie, y cambiando de tono, exclamó:

—Desearía saber quién es responsable de aquella muerte; si son los hombres ó...

Su mirada se clavó como queriendo traspasar el techo de la choza, pero su boca interrogó:

—¿Eres tú?

Después su frente inclinóse como abatida por un peso, y repuso:

—La noche es la que se tomó el trabajo de matar á esa mujer.

Al levantar la mirada se halló con la del niño, que le estaba escuchando. *Ursus* le interrogó bruscamente:

—¿Por qué te ríes?

—No me río.

Ursus experimentó una sacudida, examinó al muchacho fija y silenciosamente, y le dijo:

—Entonces eres horrible.

El interior de la choza estaba tan obscuro durante la noche, que *Ursus* todavía no había podido ver bien el rostro del niño; pero la luz clara del día le hizo aparecer tal como era.

Descansó las palmas de la mano sobre los dos hombros del pequeño, le examinó la cara con afictiva atención y le preguntó:

—¿Pero es cierto que no te ríes?

—No me río—repitió el niño.

Ursus tembló de pies á cabeza.

—Pues yo digo que te ríes.

Luego, sacudiendo al muchacho con un apretón, que si no era de furor era de lástima, le interrogó con violencia:

—¿Quién te ha hecho eso?

—No sé lo que queréis decir—respondió el niño, estupefacto.

—¿Desde cuándo te ríes de esa manera? —Siempre he sido lo mismo.

Ursus se volvió hacia el cofre, diciendo con voz queda:

—Yo creía que ya no se desfiguraba á estos desgraciados.

Tomó de la cabecera de la pequeñuela con suavidad el libro que le servía de almohada y murmuró:

—Vamos á ver lo que dice *Conquest*.

El libro era un infolio, encuadernado en pergamino blando. Le ojeó con el pulgar, y deteniéndose en una página, abrió enteramente el libro, dejándole sobre el hornillo y leyó:

—«...*De Denasatis*.» Esto es.

—«*Bucca fissa usque ad aures, genivis desnudatis, nasoque murdridato, mascaeris, et ridebis semper.*»

—Esto es, esto es.

Cerró el libro y lo arrojó sobre una de las tablas, exclamando:

—La profundización de esta aventura será dañosa. Ríe, niño, ríe.

La pequeñuela se despertó y dió un grito.

—Vamos, nodriza, dale el pecho—dijo *Ursus*.

La niña se incorporó. *Ursus* tomó la redoma, que estaba sobre el hornillo, y se la dió para que chupase.

En este instante apareció el sol en el horizonte. Sus rayos rojos penetraban por el vidrio é iluminaron el rostro de la niña, que se volvía hacia él. Las niñas de los ojos de la pequeñuela, fijas en el sol, reflejaban como dos espejos su redondez purpurada; sus pupilas se hallaban inmóviles y sus párpados también.

—¡Calla—exclamó *Ursus*,—está ciega!